

LOS PROBLEMAS DE LAS COALICIONES

LA UNIFICACION DE LAS FUERZAS ARMADAS

La Coalición es el fenómeno típico de los momentos en que comienzan los ciclos de la Historia, cuando los Estados soberanos existentes advierten, con un estupor que pronto se convierte en tristeza, que no pueden enfrentarse solos con los problemas que se plantean en el campo internacional.

Puede decirse que nunca las Coaliciones se han convertido en entes políticos permanentes y soberanos, pero sí que han sido, con frecuencia, el origen mediato de éstos, pues el Estado sólo tiene realidad cuando posee consciencia de su personalidad histórica, ajusta el funcionamiento de su vida, tanto interior como exterior, a normas jurídicas y cuenta con base estratégica suficiente, en cuanto a territorio, población y producción de todas clases, para mantener con las armas su voluntad y su independencia políticas.

Ningún Estado actual tiene tal base estratégica, pues ninguno cuenta con los hombres y los elementos necesarios para mantener la lucha allá donde se vean amenazados sus intereses políticos, ni es capaz de garantizar la libertad de las rutas desde los países amigos al propio territorio y desde éste a los posibles campos de batalla; ello impone la formación de Coaliciones, en las cuales la consciencia histórica es momentánea, pues se concreta en la consecución de un fin inmediato, y la norma jurídica fundamental se limita a un pacto, merced al cual cada Estado miembro admite una limitación de su soberanía en beneficio de la personalidad de la Coalición, pero la base estratégica puede hacerse tan grande como sea necesario para el logro del fin momentáneo propuesto.

La labor estratégica de una Coalición, o sea de preparación para conseguir la superioridad sobre el contrario en los lugares y en los momentos en que pueda producirse el choque bélico, implica la actuación acorde de todos sus miembros, actuación que no es la suma de actuacio-

nes iguales, ni semejantes y diferenciadas únicamente por su volumen, sino la reunión de labores complementarias, con frecuencia notoriamente diferentes.

En toda Coalición han de existir miembros que no participan con sus Fuerzas Armadas en la Batalla, sino que su cometido estratégico se limita a proporcionar medios para mantener la Guerra o puntos de apoyo para la maniobra de las Fuerzas coaligadas. Labor fundamental desde el punto de vista estratégico, ya que sin ella la Batalla podría llegar a ser imposible o al menos de muy difícil desarrollo, pero que no implica actividad táctica, presencia en el campo de batalla, y la Historia muestra que únicamente ésta concede derecho a participar en la victoria, en tanto que todas las actuaciones estratégicas, por distantes que estén de la lucha armada, obligan a sufrir las cargas de la derrota. El estaño de Bolivia y el cobre de Chile, como otros muchos productos proporcionados por los Estados de América del Sur a las Naciones Unidas durante la segunda Guerra mundial, fueron de incalculable valor para el sistema estratégico del bando vencedor en esa lucha; las bases aéreas americanas de las Azores hicieron posible, o al menos facilitaron notoriamente, la maniobra aliada sobre el Hemisferio Occidental; miles de irlandeses figuraron en las Fuerzas Armadas de una Inglaterra que ya no mandaba en Ibernia; sin embargo, ninguno de esos Estados, beligerantes o no *de jure*, pero sin duda alguna *de facto*, han sido verdaderos partícipes del triunfo de las Naciones Unidas.

Caso totalmente contrario fué el de Piamonte en la campaña de Crimea; el Cuerpo expedicionario mandado por el General La Marmora no representó nada decisivo para la Coalición que combatía contra Rusia, pues Piamonte no podía enviar fuera de sus fronteras gran número de hombres, pero la realidad es que el esfuerzo piamontés en el Quersoneso Táurico fué decisivo en la labor de unificación de Italia, a la que Cavour dedicó su vida. A la vista de tales resultados, Ganivet propugnaba la intervención española en las cuestiones que se plantearon en Europa, y años más tarde Churchill, en la época anterior a la primera Guerra Mundial, se lamentaba de que Inglaterra se hubiera desentendido, precisamente desde Crimea, de esas cuestiones europeas.

Claro que en la época a que se referían tanto Ganivet como Churchill, no demasiado alejada de la nuestra en el tiempo, pero en la que el panorama mundial no se parecía al de hoy, era posible la abstención en

los conflictos guerreros, al menos en la mayoría de los casos, porque los Estados tenían una libertad de acción que hoy no poseen; eran *más soberanos* que lo son actualmente. Hoy, la base estratégica necesaria para una Coalición, o la maniobra que ésta ha de desarrollar, pueden abarcar los territorios de algunos Estados que no pertenecen a ella, a los cuales no se les da más opción que ser sus aliados o sus enemigos.

La enorme extensión de los modernos campos de batalla impone que en cada uno de ellos hayan de desplegar las Fuerzas Armadas de más de uno de los Estados coaligados. Esto no es nuevo; en todas las luchas mantenidas por Coaliciones se han visto los Ejércitos de los Estados aliados empeñados, unos junto a otros, en una Batalla única, pero en otros tiempos, incluso muy recientes, en los que la rapidez de desplazamiento táctico era muy pequeña y, por ende, muy limitada la agilidad de maniobra en el campo de batalla, y en los que la sencillez de los materiales guerreros no imponía a los Ejércitos mantener extensos y pesados sistemas logísticos, era posible asignar de una manera rígida y duradera una zona de acción determinada a las Fuerzas Armadas de cada uno de los Estados participantes en la lucha. Entonces, cada Ejército podía tener la organización que consideraba más acorde con sus posibilidades de todas clases, sin que esa diversidad de estructuras repercutiera desfavorablemente en la Batalla; incluso era conveniente, pues apenas era previsible el relevo en el lugar de lucha de Fuerzas de una nacionalidad por las de otra, y la organización y la dotación de armas y materiales de cada Ejército respondían a sus características y a sus necesidades.

En el frente occidental de la primera Guerra Mundial combatieron los Ejércitos de un gran número de Estados de todas las partes del mundo, todos ellos distintos en organización y en dotación de elementos, y lo cierto es que tal diversidad no fué un gran obstáculo para el desenvolvimiento de la Batalla; lo fué, sí y grande, la carencia de un Mando único, pero eso no tenía nada que ver con la diversidad de las estructuras y de las dotaciones de los Ejércitos actuantes. Tampoco los alemanes y los austríacos unificaron sus organizaciones ni sus materiales, y su derrota se debió a causas muy distintas a la falta de unificación.

Hoy, la unificación de estructuras y de materiales ha pasado a ser una necesidad primordial en toda Coalición. En primer lugar, ese relevo de unas formaciones combatientes por otras análogas de otra nacio-

nalidad en los momentos de mayor intensidad combativa ha de ser cosa corriente, habida cuenta de las enormes posibilidades que dan a la maniobra los modernos medios de transporte, y las formaciones que llegan a los puestos de lucha han de tener el mismo valor que las relevadas y tienen que ser atendidas por los sistemas logísticos allí existentes. En segundo lugar, la base estratégica de una Coalición tiene que constituir un sistema único y del máximo rendimiento, lo cual sólo es posible lograrlo si está sistematizada la producción.

Lo que acaba de decirse parece incontrovertible, y sin embargo, la alianza occidental que monta la guardia en Europa frente a la sólida coalición acaudillada por la U. R. S. S., y cuya base estratégica abarca casi toda la Europa occidental y los países de América del Norte, está muy lejos de tener esa necesaria unificación.

Las armas norteamericanas son las más abundantes en las Fuerzas Armadas de los Estados que constituyen la N. A. T. O., pero también existen en gran cantidad las inglesas y las canadienses, aparte de que la mayoría de los Estados que integran la Coalición se aferran a conservar, y aun a seguir produciendo en serie, armas y material que sólo ellos emplean.

Esto se acentúa, naturalmente, en los Estados europeos no pertenecientes a la N. A. T. O. y sin vínculo político alguno con ella, como Suecia y Suiza. La cuestión tiene menos trascendencia para el primero de los Estados citados que para el segundo, ya que Suecia posee una excelente industria pesada asentada sobre sólidas bases extractiva y energética, a más de que su comunicación con los demás países europeos y con América es difícil que se interrumpa por completo. Suiza está en otra situación: su deseo de mantener la tradicional neutralidad helvética, respetada hasta ahora por todos sus vecinos la lleva a no realizar ningún acto de carácter estratégico que no signifique la afirmación de una total independencia de los dos bandos, por lo cual sus Fuerzas Armadas sólo emplean materiales de guerra suizos, quizá con la única excepción de un carro de combate francés. La industria militar suiza produce materiales excelentes y es capaz de atender a las necesidades de las Fuerzas Armadas de la Confederación Helvética, pero está basada sobre la importación de primeras materias; en el caso de que Suiza se viera invadida o aislada y su Ejército tuviera que encerrarse en ese famoso *Reducto* del que tanto se ha hablado, quienes lo guarnecieran no podrían

recibir más que víveres por vía aérea, ya que no sería posible municionar las armas distintas a las de la Coalición que ayudara a los suizos, que naturalmente sería la occidental.

Tanto Suiza como Suecia, Estados occidentales y anticomunistas, situados en las proximidades de los probables campos de batalla en que habrían de enfrentarse las Fuerzas Armadas de los dos bandos que se miran cara a cara, es más que posible que hayan de sufrir en sus propios territorios los efectos de la lucha; entonces sus propias bases estratégicas se verán prácticamente anuladas, y la de la Coalición que acuda en su ayuda podrá prestarles mucha menor ayuda que si dichos Estados hubieran incluido sus materiales de guerra en el sistema de la N. A. T. O.

De una importancia análoga es la unificación de estructuras de las Grandes Unidades en una Coalición, especialmente de las Grandes Unidades elementales.

La Gran Unidad elemental, la División, es el *individuo táctico*: indivisible, dotado de un Organismo de Mando capaz de hacer sentir su acción sobre todos los elementos que de él dependen, con medios para resolver por sí mismo los problemas que normalmente se le planteen en el campo de batalla, y con elementos de Servicios suficientes para mantener el enlace con los demás, recibir cuanto necesita para vivir y combatir y devolver lo que haya dejado de ser útil.

Claro que la Batalla es una acción compleja que exige que los individuos dedicados a ella se agrupen en equipos de distintos tipos y que no todos esos individuos tengan las mismas características y posibilidades, pero sí que sean iguales los que han de recibir idénticas misiones, y esa igualdad no sólo ha de concretarse en su capacidad de actuación, sino también en lo que necesitan para actuar.

La identidad, pues, entre las Grandes Unidades de los distintos tipos es necesaria; entre las Grandes Unidades elementales, también de los distintos tipos, es imprescindible.

A ello no se ha llegado en la N. A. T. O., y no parece que vaya a conseguirse por ahora. Los Estados continentales de la Coalición han ajustado la organización de sus Divisiones a una norma común, aunque algunos de ellos, como Francia y Portugal, tengan aún Divisiones de otros tipos, pero Inglaterra, como si quisiera recalcar su repugnancia a ser considerada totalmente europea, mantiene una organización totalmente distinta a la de sus aliados.

Se da el caso de que la organización inglesa es mucho más lógica que la adoptada por la N. A. T. O., pues se basa en el empleo de Divisiones ágiles, muy de acuerdo con las necesidades tácticas actuales, y en un mecanismo de alimentación de la Batalla, o sea de abastecimiento a las Grandes Unidades de cuanto necesiten y de retirada de ellas de lo inútil, de notorio rendimiento, pero en la Batalla de hoy ha de ser frecuentísimo que una Gran Unidad tenga que aparecer en el despliegue de las de otra nacionalidad y, a cambio de ayudarles en la lucha, reciba de ellas lo necesario para vivir y combatir. Esto, hoy, sería prácticamente imposible hacerlo con Divisiones inglesas; las Fuerzas Armadas británicas tendrían que actuar tácticamente con Cuerpos de Ejército completos, y quizá con Ejércitos, como en los días de la primera Guerra Mundial, cuando las tropas de Sir Douglas Haigh, y luego de French, constituyeron un núcleo *intocable* en los campos de Francia y de Bélgica.

Esta situación, que disminuye extraordinariamente el rendimiento de las Fuerzas Armadas de que dispone una Coalición, asombraría si fuera nueva, si no se tratara de uno de los fenómenos típicos de las Coaliciones que arranca de la falta de consciencia histórica de éstas. La Coalición persigue un fin inmediato, que puede ser de importancia fundamental para todos sus miembros y que en la casi totalidad de los casos lo es; todos ellos desean su logro, pero casi todos ven con recelo que, al amparo del triunfo común, puede crecer la personalidad de los demás, y es que los Estados que Luis XIV calificaba de *satisfechos*, pero que ven disminuir día a día su privilegiada situación, entran a formar parte de las Coaliciones para que una acción guerrera haga que las cosas vuelvan a ser iguales a las de antes de la lucha, pero la Historia muestra con una reiteración ininterrumpida que el escenario político del día siguiente a una Guerra es totalmente distinto, para los vencedores y para los vencidos, que el de la víspera de la lucha.

La ilógica organización de las Fuerzas Armadas de la N. A. T. O. es fruto de ese recelo entre aliados ocasionales. La N. A. T. O. es la inmediata sucesora de la Comunidad Europea de Defensa, en la cual no estaba incluida Inglaterra, que por eso conservaba una absoluta libertad para organizar sus Fuerzas Armadas sin servidumbres impuestas por una alianza permanente, y en la Comunidad Europea de Defensa, que no llegó a tener verdadera realidad, Francia era el miembro más destacado

y el que tenía mayor temor del robustecimiento político y militar de los demás.

El nonato sistema militar de la Comunidad Europea de Defensa estaba mediatizado por el recelo francés al renacimiento del poderío militar alemán, y ello llevó a la idea de que Alemania no pudiera tener Grandes Unidades superiores a la División. La *nacionalidad* había de terminarse en la División, los escalones superiores habrían de ser *supernacionales*: el resultado fué la aparición de unas Divisiones pesadísimas, casi *autárquicas*, totalmente en desacuerdo con las necesidades de la Batalla moderna, y la casi anulación de las Grandes Unidades superiores, que son adonde tienen que figurar permanentemente muchos de los medios con los que el Mando puede hacer sentir su acción en el desarrollo de la lucha.

La realidad es que la Coalición es admitida como la única solución posible, por la mayor parte de los Estados que pertenecen a ella; admitida como un mal menor e ineludible, pero no es sentida, ni mucho menos deseada, por todos. Cuando la necesidad de coaligarse de un modo permanente, o al menos duradero, la comprenden varios Estados, no ponen reparos a la unificación de sus esfuerzos estratégicos y obtienen la máxima resultante de la composición de esos esfuerzos. Claro que entonces, tras el acuerdo militar, puede surgir un ente político *supernacional* permanente, un nuevo personaje histórico, y eso es difícil que sea deseado por quienes habrían de ver desaparecida o muy mermada, por lo menos, su soberanía, en beneficio de ese nuevo personaje con capacidad para resolver los grandes problemas estratégicos.

FRANCISCO LUIS BORRERO DE ROLDAN
*Profesor de la Escuela de Estado Mayor,
Madrid*

III

CRONOLOGIA INTERNACIONAL

